ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA REBOTICA

SAINETE EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4 SEGUNDO
1895

LA REBOTICA



LA REBOTICA

SAINETE EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 23 de Marzo de 1895



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

Al Excmo. Sr. D. José Orozco

Mejor dicho:

A Pepe Orozco

Recuerdo cariñoso de su amigo

Vital



REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA RESTITUTA (La boticaria)........	Sra Valverde.
DOÑA RAMONA (La estanquera).......	Rodríguez.
CURRITA (La jueza).................	Pino.
MARGARITA (La registradora).........	Srta. Arnau.
TERESA.........................	Riaza.
MANUELA........................	Lasheras. (L.)
DON BERNARDINO (Farmacéutico)......	Sr. Romea.
EL SEÑOR CURA..................	Rubio.
MARTÍNEZ (Veterinario).............	Larra
NICOLÁS.........................	Santiago.
DON PRUDENCIO (Registrador).........	Ramírez.
DON JOAQUIN (Juez de primera instancia).	Gonzálvez.
DON JULIO (Médico).................	Barbero.
MATIAS (Guardia municipal)...........	Soto.
PEPE (Mancebo de la botica)..........	Valle.

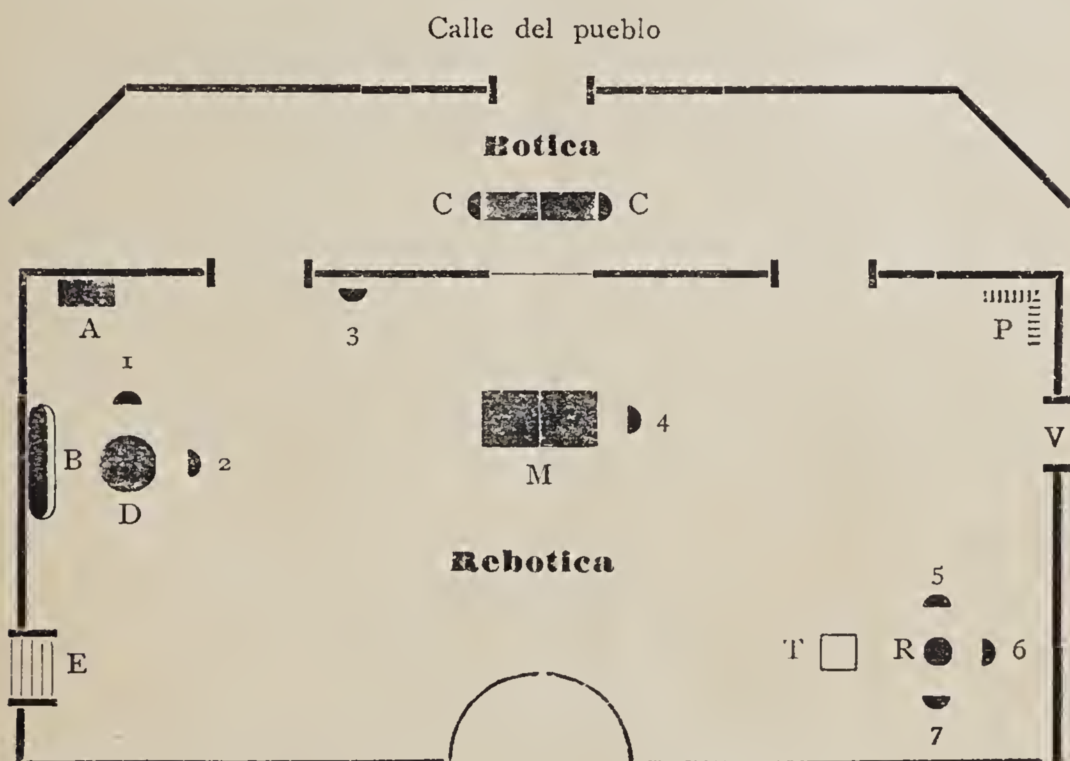
Una criada y lugareños 1.º, 2.º y 3.º

La acción en un pueblo de la provincia de...



ACTO ÚNICO

Planta de la decoración



C.—Mesa de la botica, con tablero de mármol.
M.—Mesa para la preparación de medicamentos.
D.—Mesita redonda de comedor, con tapete de hule.
R.—Mesita de tresillo.
A.—Aparador m desto.
B.—Sofá de forma antigua.
P.—Escalerilla de mano.
E.—Escalera que comunica con las habitaciónes del piso principal.
V.—Ventana que da á un patio.
T.—Trampa de la cueva.—Esta trampa se abre de derecha á izquierda, sirviéndole de apoyo la mesita de tresillo.—Escalera practicable que baja á la cueva.
1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.—Sillas.—La 3 y la 4 de Vitoria; las otras de tapicería con cubierta de crochet en el asiento.

En el centro del rompimiento de la rebotica, un estante corpóreo, á través del cual se ve la botica, y en cuyas tablas habrá frascos, tarros y botellas con líquidos de colores, que se utilizan á su tiempo.—Segundo término derecha (del actor), un cuadro antiguo ó retrato, y debajo de éste un almanaque de pared con una fecha de Julio.—En la izquierda, y sobre la silla núm. 6, una percha de tijera para colgar los sombreros.—En el aparador, una bandejita con ocho copas para vino, algunos platos, un farolillo de mano, un plato con queso, cuchillos de postre, tres periódicos con fajas, caja de fósforos y un paño blanco.—Sobre la mesa de la botica, una balanza, papel de plata para cubrir los tapones de los frascos; etiquetas; papel blanco; corchos, y un emplasto de baldés con pez de Borgoña, de forma circular y de unos veinte centímetros de diámetro.—Sobre la mesa de tresillo, dos barajas, dos candeleros con pantallas, caja de fichas y caja de fósforos.—Sobre la mesa de la rebotica (M), un mortero de mármol con mano de porcelana; dos morteritos de cristal con sus correspondientes manos; una balanza; tres botellas blancas, una de ellas llena de un líquido lechoso y colocada sobre una receta; otra vacía, y otra con embudo con papel de filtro.—A los extremos de la mesa, varias cuartillas de papel sujetas con pisapapeles; infierno ó lámpara de alcohol, y un cacillo ó cacerola. Habrá, además, una espátula, dos naipes sueltos, un paño, y cuantos detalles juzgue necesarios el director de escena.—Junto á la puerta de la izquierda un gancho de metal con varias recetas.—Es de noche.—La botica aparecerá más iluminada que la rebotica. En una y otra, y colgadas del techo, habrá dos lámparás de petróleo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA RESTITUTA, TERESA, DON BERNARDINO, MANUELA. Luego UNA CRIADA y PEPE. Más tarde MATÍAS. Al levantarse el telón los boticarios y la hija están cenando. Manuela baja la escalera y coloca en la mesa una fuente de chuletas de carnero. Teresa está sentada en la silla núm. 1, doña Restituta en el sofá y don Bernardino en la silla núm. 2

BERN. ¡Valientes chuletas! ¡No se pueden comer!
REST. Hombre no seas impertinente.
BERN. No, si ya sé que tú no has de darme la razón.
REST. Porque no la tienes.

BERN. ¡Lo que yo no tengo es dentadura para triturar baldosines! Oye, Manuela.

MAN. Mande usted, señor.

BERN. Haz el favor de decirle al carnicero que cuando las chuletas sean así, que se las coma él.

MAN. *Pus* si me las ha *dao* como *mu güenas*.

REST. Lo que tienen es que son algo nerviosas.

BERN. Bueno, pues otra vez que te las dé linfáticas. Para nervios me basta con los míos.

REST. ¡Y que hoy los tienes de punta! No sé para que te sirve tanto antiespasmódico como hay en casa.

BERN. (A Manuela.) Dame, dame el postre, que yo no puedo con esto.

CRIADA (En la botica y llamando con una moneda sobre la mesa de mármol.) ¡Deogracias!

BERN. ¡Allá van!

MAN. Tome usted el queso.

BERN. Venga.

CRIADA (Nueva llamada.) ¡Deogracias!

BERN. ¡Que allá van! Pues no trae poca prisa.

MAN. (Que se ha acercado á mirar por una de las puertas que dan á la botica.) Es la *criá* del *escrebano*.

REST. Pues que espere.

BERN. (A Manuela.) ¿Pero qué hace ese mancebo que no baja?

MAN. Ahora estaba acabando de cenar. Aquí baja ya.

PEPE (Por la escalera comiendo un pedazo de pan.) Buen provecho. (Con la boca llena.)

BERN. Ahí llaman. Vé á ver qué quiere. (Va Pepe á la botica por la puerta izquierda.)

REST. ¿Pero, niña, te vas á quedar sin cenar?

TER. No quiero chuletas. (Manuela vase por la escalera y vuelve luego.)

BERN. Haces bien. Para comer esos fósiles se necesita la dentadura de tu madre.

REST. ¡Dios me la conserve!

BERN. ¡Amen!

PEPE (Que viene de la botica.) Pide raíz de escorzonera. (Con la boca llena y sin entendérsele una palabra.)

BERN. ¿Eh?

PEPE (Tragando el bocado.) Que pide raíz de escorzonera.

BERN. Pues dásela.

PEPE. Es que en el cajón ya no la hay. (En voz baja.)

BERN. Pues si no la hay en el cajón la habrá en la cueva.

PEPE No señor, la última que había en la cueva la subí yo hace ocho días.

BERN. Bueno, pues entonces dile que no hay. (Pepe hace medio mutis.)

REST. No, señor. Eso no se dice nunca. En una botica debe haber de todo.

BERN. Es verdad. Dale... otra raíz cualquiera. Así como así todas se parecen.

PEPE Le daré raíz de malvabisco.

BERN. Sí. Eso no hace daño á nadie. (Pepe va á la botica y despacha á la criada.)

MAT. (Que ha entrado en la botica y se asoma á la puerta de la derecha. Viste traje de municipal.) Santas y buenas noches tengan *ustés*.

REST. y BERN. Felices.

MAT. Que les haga buen provecho.

REST. ¿Usted gusta?

MAT. Se estima.

BERN. ¿Quiere usted una chuleta de carnero? Están riquísimas.

MAT. No, señor. Agradezco la intención. Vengo á por la receta que traje esta tarde.

BERN. En seguida. ¡Pepe!

PEPE Mándeme usted.

BERN. Despacha á Matías. (Pepe va á la mesa y coge la botella que habrá sobre la receta. Le pone el corcho, la etiqueta y la envuelve.)

REST. (A Matías.) ¿Cómo sigue el señor Secretario?

MAT. Pues así por lo mediano. Anoche estuvo *muy malísimo*. No eramos á sujetarle entre el otro municipal y yo. ¡Como él es así!

REST. ¿Pues qué tiene?

MAT. Un genio muy *desesperao*.

REST. Pregunto la enfermedad.

MAT. No lo sé. El médico dice que tiene en el hígado unas cosas muy raras: así como cuentas *complicáas*.

BERN. ¿Cuentas complicadas? ¡Ah! ¡Ya! ¡Cálculos!

MAT. ¡Justo! Eso ha dicho. ¡*Miusté* que tener cálculos en el hígado! Yo creí que esas cosas no se tenían más que en la cabeza.

BERN. Pues ahí verá usted.

PEPE (Dándole la botella con la receta) Esto es. Muévanlo ustedes mucho antes de dárselo.

MAT. No, por no moverlo no ha de quedarse. *Tóo* el día nos lo hemos *pasao* cambiándolo de postura en la cama.

BERN. ¡No, hombre! Si lo que hay que mover es el líquido.

MAT. ¡Ah! ¡Ya! A ver si quiere Dios que con estas cucharadas se mejore. El médico dice que sí.

REST. ¡Ya lo creo! Ese medicamento es eficacísimo.

BERN. (Aparte á Restituta.) ¿Sabes lo que es?

REST. (Idem á Bernardino.) No, pero no voy á decir que le va á sentar mal.

MAT. Buenas noches.

REST. Recuerdos y que se alivie.

MAT. Muchas gracias.

BERN. Vaya usted con Dios. (Vase Matías.)

(Entra el Lugareño 1.º en la botica con una receta y una taza. Habla con Pepe.)

REST. Niña, toma queso.

TER. Tampoco quiero queso.

REST. Pues déjalo. (Se oye tocar un clarinete junto á la ventana de la izquierda.)

BERN. ¡Anda! Ya está ahí el vecinito del clarinete. (Levantándose.)

REST. Pues no lo toca mal

BERN. Lo que menos me importa á mí es que lo toque mal ó bien. El caso es que todo el santo día me está cencerreando y esto es insoportable. (A Pepe que le presenta la receta que habrá traido el Lugareño 1.º) Dos cincuenta. (Devolviéndole la receta á Pepe.) ¡Ah! ¡Oye!

PEPE Mande usted

BERN. Que no te olvides de hacer el emplasto de pez de Borgoña que pide el veterinario.

PEPE Ya lo estoy haciendo. (Pepe va á la botica.)

BERN. (El clarinete toca más fuerte.) ¡Aprieta, hijo,

aprieta! Por supuesto, que esta musiquita ya sé yo lo que es.

REST. Me parece que es una mazurka. (Después de oirla con atención y marcando el movimiento.)

BERN. No digo eso.

REST. ¿Pues qué?

BERN. Que esto es una venganza de don Celedonio el dueño de la casita esa. Como hace poco tuvimos aquella cuestión, que yo le gané, sobre mi derecho á verter las aguas en el patio, ha alquilado la planta baja á ese maldito músico de la banda municipal, para que me atormente los oidos. ¡Lo que es como caiga enfermo y me mande una receta, lo enveneno! Te aseguro que lo enveneno. (Cesa el clarinete.) ¡Ay! Gracias á Dios que se ha callado.

REST. (Levantándose.) ¡Sí! Y gracias á Dios á que yo te conozco; porque sino, te creería capaz de cualquiera barbaridad. Pero tú, á pesar de ese temperamento tan irritable y de ese geniazo tan fuerte, eres...

BERN. ¿Qué?

REST. Un infeliz.

BERN. Bueno. Sí, ¡soy un infeliz! Pero no me negarás que tengo mi carácter. (Con energía.)

REST. Sí; un carácter insufrible. Ya ves como algunas veces te doy la razón.

BERN. Así me gusta. (Va á la mesa y prepara alguna fórmula. Teresa que ha recogido todo lo de la mesa en unión de Manuela que habrá bajado un poco antes, se va con esta por la escalera.)

ESCENA II

RESTITUTA y BERNARDINO. PEPE en la botica.

REST. Escucha, Bernardino. Ahora que la niña no nos oye, y antes de que lleguen los de la tertulia...

BERN. ¡Los de la tertulia! Esa es otra de las cosas que me revientan.

REST. Pero, hombre, ¿también eso?

BERN. Sí, señor. Eso de aguantar todas las noches aquí al Juez y á la Jueza, y al Registrador y á su hermana, y al Cura y.. ¡al demonio! es cosa que me aburre soberanamente.

(Coge un tarro del estante, echa unos polvos en un mortero de cristal y los va disolviendo con un líquido cualquiera.)

REST. Porque te empeñas en no jugar al tresillo.

BERN. No juego al tresillo, porque tengo muy mal naipe.

REST. Y porque lo haces muy mal.

BERN. Lo hago tan bien como el primero; pero el mes pasado me ganaron treinta y siete duros, y, francamente, eso de regalarles mesa, luces y barajas, y que encima le lleven á uno el dinero, no me hace maldita la gracia.

REST. Corriente. No juegues. No es de eso de lo que yo quería hablarte. Tú ya habrás notado que la niña se está desmejorando mucho.

BERN. Anemia. Yo le prepararé unas píldoras de fosfato de hierro.

REST. Habrás visto que apenas come.

BERN. Inapetencia. Se le dará además el vino de quina con genciana. Precisamente el Jerez, regalo de tu hermano, que tenemos embotellado en la cueva, es excelente para esas preparaciones.

REST. Déjate de vinos de quina y de fosfatos de hierro. Lo que tiene Teresita es que está enamorada.

BERN. ¿De quién?

REST. Entérate de eso que le encontré hace un momento en la mesa de noche. (Dándole un papel.)

BERN. (Deja el mortero y coge el papel, que lee.)
«Teresa mía, mi dulce encanto,
tú eres mi delicia; tú eres mi afán.
Por eso mismo te quiero tanto,
porque me atraes lo mismo que el imán.»
¿Y quién es este poeta *imantado?*

REST. Pues, Nicolasito. (Entra en la botica el lugareño 2.° Pepe le despacha lo que pide.)

BERN. ¿El hijo de la estanquera?

REST. El mismo. Hace dos meses que están en relaciones, aunque ella se empeña en negármelo.

BERN. Por eso le veo todo el día sentado en la zapatería de enfrente. Ese muchacho me parece un infeliz.

REST. Un tontaina, sin oficio ni beneficio. ¡Vaya una proporción! Un hijo de Ramona la estanquera.

BERN. No vayas tú á creer que la Ramona está en la calle. La casita en que vive es suya, y además tiene papel del Estado y cobra sus cuponcitos de... (Mirando una receta que le entrega Pepe.) cuarenta duros...

PEPE ¡Cuarenta duros eso!

BERN. Una setenta y cinco, majadero. (Devolviéndole la receta.) Hablaba con la señora.

PEPE ¡Ah! Creí... (Vase Pepe á la botica.)

REST. Pues aunque cobre miles de pesos. No es cosa de que nuestra hija vaya á casarse con ese mameluco.

BERN. Eso, conforme y según...

REST. ¡Muy bien! ¿Y eres tú el hombre que tiene ese carácter enérgico? ¡Qué has de tener tú!

BERN. ¿Que yo no?... ¿Que yo no tengo carácter?

REST. Eso dirá la gente, si ves que toleras esas relaciones.

BERN. Pues no lo dirá, yo te lo aseguro. Precisamente has ido á tocarme en el flaco.

REST. Esa boda sería una locura. El novio que le conviene á la niña es otro.

BERN. ¿Quién?

REST. Don Julio.

BERN. ¿El médico nuevo?

REST. El mismo.

BERN. ¡Quita, por Dios, ese mediquillo es una calamidad.

REST. Es un joven muy bien educado y muy instruído.

BERN. Demasiado instruído. Esos médicos sabios serán muy buenos para Madrid. En los pueblos no necesitamos tanta ciencia.

REST. Esa es una vulgaridad.

BERN. Esto es el Evangelio. No hace más que tres

meses que está en este partido, y ya me tiene loco con sus recetas. Las cosas que él pide yo no las había oído nombrar en mi vida. ¡Es claro! Estos mediquitos que salen ahora, como tienen la cabeza llena de librotes franceses, se les figura que una farmacia de pueblo va á estar tan bien surtida como la casa Grimault, de París. Mira, mira unas formulitas que me han mandado esta semana. (Coge unas cuantas recetas del gancho de la pared. Lee.) «*Bromhidrato de hiosciamina.*» «*Solución de estenocarpina.*» «*Pomada de etilonimina.*» «*Gránulos de dimetiloxiquinicina.*» ¡Y todo esto es una pamplina! (Vuelve á colgar la receta.)

REST. Pues, digas lo que digas, don Julio sabe mucho más que don Policarpo, que esté en gloria.

BERN. ¡No me toques á don Policarpo! ¡Aquél sí que era un médico de partido! Con yoduro potásico, sulfato de quinina y limonada purgante curaba él todo lo que se podía curar.

REST. Menos á los que se morían.

BERN. Por eso digo lo que se podía curar. Créete que los enfermos incurables no consiguen tampoco nada con estos medicamentos nuevos. ¡Decir que don Policarpo!... Con aquel hombre daba gusto trabajar. Casi todos los días diez ó doce limonadas purgantes. Las vendo á seis reales; gano en cada una cinco y medio, ¡figúrate si entraría dinero en el cajón! Pero ahora... En fin, con decirte que las únicas recetas decentes que despacho son las que me manda el veterinario. (Va á la mesa y continúa la disolución.)

REST. ¡Ah! A propósito del veterinario. Hace ya cuatro noches que no viene á la tertulia. Supongo que no volverá.

BERN. No lo sé.

REST. Es que no debe volver. Es un hombre muy ordinario y que siempre huele á cuadra que apesta.

BERN. Naturalmente. ¿A qué quieres que huela el infeliz con los clientes que visita?

REST. Bueno, pues á mí es un hombre que me da asco. ¡Ah! Ahí baja la niña; quedamos en que te portarás como lo que eres.

BERN. Ya verás tú, ya verás. (Baja Teresa y se dirige al aparador á guardar los cubiertos.) ¡Decir que yo no tengo carácter!...

ESCENA III

DICHOS y TERESA

REST. (A don Bernardino.) (Deja. Yo seguiré disolviendo eso. ¡Háblale fuerte, fuerte!) (Sigue disolviendo en el mortero de cristal.)

BER. Oye, Teresita. (1)

TER. Mande usted, papá.

BER. Tú creerás que porque yo me paso la vida metido en mi botica no sé nada de lo que ocurre en la calle.

TER. (¡Eh!)

BER. Pues lo sé todo.

TER. (¡Ay, Dios mío!)

BER. Completamente todo. A mí no se me escapa nada. Sé que tienes unos amores.

TER. No es verdad, papá.

BER. Sí, señor... hace ya... cuatro... (Mirando á doña Restituta que le indica dos.) dos meses que estás en relaciones con el hijo de la estanquera, con ese poeta de la Compañía Arrendataria.

TER. Pero si...

BER. ¡No hay pero que valga!

REST. (¡Así! ¡Así!) (Acercándose á Bernardino.)

BER. Es preciso que eso se termine para siempre. A él, en cuanto le eche la vista encima, le estampo en la cabeza ese mortero de mármol, y en cuanto á tí...

TER. (¡Ay, Dios mío de mi alma!) (Gimoteando.)

BER. ¡Sí, señor! ¡Conmigo no se juega!

TER. ¡Ay!... ¡Ay!... (Llorando amargamente.)

BER. (¡Pobrecita!) Mira, no llores, porque entonces... (En tono muy cariñoso.)

---

(1) Derecha del actor: Teresa, don Bernardino, doña Restituto.

REST. (A Bernardino.) (¡Ya te ablandas!)

BER. (Transición.) ¡No llores, porque entonces! (Enérgico.)

TER. (Llorando.) ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy!

BER. Parece mentira que una niña tan fina como tú haya ido á fijarse en... en el hijo de una estanquera. Tú mereces algo más.

REST. (Aparte á Bernardino.) (Háblale del médico.)

BER. (¡No; de eso encárgate tú! Yo no recomiendo esas cosas.) (Le coge el mortero y va á la mesa.)

REST. (A Teresa.) Ven, ven arriba conmigo... Tu padre tiene razón.

TER. Es que yo... quiero mu... mucho á mi Ni... co... Nicolás.

REST. Pues no debes querer á ese tipo.

TER. Es que si yo no qui... quisiera á ese... me... mo... me... mo... riría.

REST. ¡No digas bobadas! También yo quería mucho á tu padre cuando estábamos en relaciones, y, sin embargo, si no me hubieran dejado casarme con él, no me hubiera muerto, de seguro.

BER. (¡Qué te habías de morir tú!) (En la mesa y filtrando la solución.)

REST. Anda, hija, anda. Vamos arriba que puede venir gente.

TER. ¡Ay, mamá de mi alma! (Llorando con gran desconsuelo. Vanse las dos por la escalera.)

ESCENA IV

DON BERNARDINO, PEPE, luego EL SEÑOR CURA, de sotana y gorro de terciopelo negro con borla.

BER. ¡Pobrecita! Me da mucha lástima. Yo tengo un genio muy fuerte, pero en cuanto veo llorar á una persona, me desarmo. No lo puedo remediar. (Suena otra vez el clarinete.) ¡Caracoles! ¡Otra vez! ¡Esto es desesperante! ¿Sí? ¡¡Pues duro! ¡A ver quién puede más! (Machaca con toda su fuerza en el mortero de piedra.)

PEPE (Que viene de la botica con el emplasto de pez de Borgoña.) Aquí está el emplasto.

BER. ¡Déjame en paz! (Muy irritado. Pepe deja el emplasto sobre la silla núm. 4, y vase corriendo á la botica.) ¡Se va á romper el mortero, pero no importa! (Sigue machacando.)

CURA (Con seis truchas colgadas de las agallas. Ha entrado en la botica. Saluda á Pepe y entra por la puerta de la derecha.) Buenas noches, don Bernardino. (El boticario no le oye.) Que tenga usted muy buenas noches. (Dándole en el hombro.)

BER. ¡Eh! ¡Ah! Señor Cura. Felices. (Dejando de machacar.) (1)

CUR. Está duro eso, ¿eh?

BER. ¿El qué?

CUR. Lo que estaba usted machacando.

BER. No, si yo no machacaba nada. Era por acompañar al clarinete.

CUR. Pues hombre, llevaba usted muy mal el compás, porque lo que es ese muchacho toca muy bien.

BER. ¡Quite usted por Dios! (Cesa el clarinete.)

CUR. Como que es el mejor músico de la banda. Y lo mismo toca el clarinete, que el cornetín, que el trombón.

BER. (Pues me voy á divertir.) (Vuelve á la mesa.)

CUR. ¿No habrán ustedes cenado todavía?

BER. Sí, señor. Hace un momento.

CUR. ¡Qué lástima! Quería que se hubiesen ustedes comido estas truchas.

BER. Pero, por Dios, señor cura. Usted siempre tan atento.

CUR. Esto no vale la pena. Yo pesco para eso. Para obsequiar á los amigos.

BER. Muchas gracias.

CUR. ¿Por dónde andan doña Restituta y la niña?

BER. Arriba están.

CUR. Pues voy á verlas.

BER. Suba usted, suba usted.

CUR. Se las comerán ustedes mañana. Más frescas es imposible. Hace una hora todavía estaban coleando en el río. Mire usted, esta, la mayor, pudo haberme costado muy cara.

BER. Pero, ¿cómo? ¿compra usted las truchas?

---

(1) Cura, don Bernardino.

CUR. No, señor. Si es que cuando picó el anzuelo dió un tirón tan fuerte que á poco si me rompe la caña; y yo, para sacarla con más comodidad, salté encima de una peña, pero resbalé en el musgo y, ¡cataplum! ¡Al río!

BERN. ¿De cabeza?

CURA No, de pié, pero me llegaba el agua hasta aquí. (Al cuello.) Me puse como una sopa. ¡Je, je!

BERN. ¡Ya lo creo!

CURA ¡Je, je! A mí me divierten mucho estas peripecias.

BERN. ¡Vaya, menos mal!

MART. (En la botica.) ¡Hola, Pepe! (Entra silbando en la rebotica por la puerta derecha.)

ESCENA V

DICHOS y MARTÍNEZ

MART. Buenas noches tengan ustedes.

BERN. Hola, Martínez. (Sigue trabajando.)

CURA Felices, ilustre veterinario (1).

MART. Para servirle, señor cura. Han caído algunas, ¿eh?

CURA Sí, han caído varias y he caído yo también. (Riéndose.)

MART. ¿Qué?...

BERN. Que ha tomado un baño sin querer.

MART. Pues eso es muy sano. Los baños fríos fortalecen los remos.

CURA Hombre, gracias.

MART. ¿Qué tal va la yegua? No se quejará usted de la compra.

CURA No estoy descontento. Sólo que hace unos días que parece que se resiente de un brazuelo.

MART. Eso no vale nada. Será alguna relajación. Coja usted un paño *empapao* en aguarrás y le da usted unas friegas fuertes, así, en semejante sitio. (Frotándole el hombro.)

---

(1) Cura, Martínez, don Bernardino.

CURA Pero, Martínez...

MART. ¡Ay! Usted dispense, señor cura. He querido decir...

CURA Sí, sí. Ya estoy. (Es muy bruto este veterinario.) Vaya, hasta luego. Voy arriba á ver á esas señoras.

MART. Vaya usted con Dios (1).

BERN. Hasta después.

CURA (Desde la escalera.) ¡Ah! Que si vienen el Juez y el Registrador, y se forma la partida, que me reserven mi puesto.

MART. Usted siempre tan *aficionao.*

CURA Por la mañana que no cuenten conmigo más que para cosas de la iglesia; pero mi ratito de pesca por la tarde y mi tresillito por la noche, no hay quien me los quite... ¡Je, je! (Se va por la escalera. Mientras habla el señor Cura, Pepe coge el farolillo lo enciende, abre la trampa y baja á la cueva.)

ESCENA VI

DON BERNARDINO y MARTÍNEZ

MART. Lo que no hay es quien le quite el dinero (2).

BERN. Como que juega muy bien al tresillo.

MART. Y á todo. Es un espada de primera, (Se sienta, silbando, en la silla número 4, sin ver el emplasto. Saca la petaca y enciende un cigarro.) ¿Usted gusta?

BERN. Ya sabe usted que no gasto.

MART. Es verdad. No me acordaba.

BERN. Con su permiso voy á preparar estos papeles. (Coge unas cuartillas de papel, las divide en varios papelitos y los coloca ordenadamente sobre la mesa, hacia la derecha. Pesa una cantidad de polvos cualesquiera, los tritura en el mortero de cristal y los reparte con un naipe en los papeles.)

MART. Usted siempre al yunque.

BERN. No hay más remedio. Usted tampoco descansa mucho. Por lo visto no faltan enfermos.

---

(1) Cura, don Bernardino, Martínez.

(2) Don Bernardino, Martínez.

MART. No, gracias á Dios. Ahora vengo de ver uno muy grave.

BERN. ¿Quién? Es decir, ¿cuál?

MART. El caballo del cabo de la Guardia civil.

BERN. ¿Qué tiene?

MART. ¿Qué ha de tener, hombre? Que hay personas que merecían andar á pie toda la vida. Que esta tarde, cuando venía trotando largo por la carretera, de pronto un chiquillo disparó un cohete, y el caballo, es claro, dió una huída hacia la cuneta. ¿Qué había de hacer? Póngase usted en su caso.

BERN. ¿Quién, yo? Póngase usted.

MART. Pues bien, el animal del cabo...

BERN. ¿El caballo?

MART. No señor, el cabo, que es el verdadero animal, echó pie á tierra y le pegó una *patá* en la barriga.

BERN. ¿Al chiquillo?

MART. No, señor, al caballo. Se le ha *formao* un tumor así de grande. Para mí que le ha *interesao* alguna víscera abdominal del vientre. Si le digo á usted que hay gente muy bestia en el mundo.

BERN. Sí que la hay.

MART. ¡Ah! Diga usted. Supongo que ya estará hecho el emplasto que pedí esta tarde.

BERN. Creo que sí. (Buscando.) No sé dónde lo ha puesto el muchacho. Cuando suba de la cueva se lo preguntaré.

MART. Yo mandaré á recogerlo.

BERN. ¿Volverá usted luego por aquí?

MART. No sé si podré.

BERN. Sí, hombre, venga usted á la tertulia. Hace ya cuatro noches que falta usted. Mi mujer le echa á usted mucho de menos.

MART. ¿Sí? Pues aunque no sea más que por complacer á doña Restituta, vendré un ratito.

BERN. Venga usted, venga usted. (Con intención.)

MART. Pues hasta luego, don Bernardino. (Se levanta llevando pegado el emplasto en el trasero.)

BERN. Vaya usted con Dios, amigo Martínez. (Sin mirarlo.)

MART. ¡Ah! Que el emplasto sea circular.

BERN. ¡Ya, ya!
MART. Y que pegue bien.
BERN. Pegará, pegará.
MART. Hasta después. (Vase silbando por la puerta de la derecha.)
BERN. Abur... (Pepe sale de la cueva con un gran paquete.) ¿Qué subes ahí?
PEPE Zaragatona, que ya no había. (Va al aparador y deja el farol apagado.)
BERN. ¿Oye, dónde has puesto el emplasto que pedía el veterinario?
PEPE Pues lo dejé en esta silla.
BERN. ¿Estás seguro?
PEPE Sí, señor.
BERN. Pues ya sé dónde está.
PEPE ¿Dónde?
BERN. Vete á escape á buscar al señor Martínez. Ahora acaba de salir. ¡Se ha sentado sobre él!
PEPE ¿Sí? (Riéndose.)
BERN. A ver si se lo despegas.
PEPE Pues cualquiera se lo va á despegar. (En la botica.) Sí, señora; aquí está.
BERN. ¿Quién?
PEPE Doña Ramona la estanquera. (Vase á la calle.)
BERN. (¡Malo! ¿Qué traerá?)

ESCENA VII

DON BERNARDINO y DOÑA RAMONA, abanicándose, por la puerta derecha

RAM. ¿Se puede pasar?
BERN. Adelante, Ramona.
RAM. ¿Cómo está usted? (1)
BERN. Bien, y usted?
RAM. ¡Buena, gracias! Es decir, estoy regular, nada más que regular. ¿Y la familia?
BERN. Sin novedad.
RAM. Me alegro mucho. Porque no habiendo salud no hay felicidad. Aunque verdadera-

(1) Doña Ramona y don Bernardino.

mente, ustedes los boticarios, habiendo mucha salud no pueden hacer dinero. Como me pasaría á mí si no hubiera fumadores. ¿Usted no fuma, verdad, don Bernardino?

BERN. No, señora.

RAM. Casi hace usted bien, porque lo que es el tabaco que nos dan ahora... Yo no he visto porquería semejante.

BERN. Siéntese usted. (Le ofrece la silla núm. 3.) Yo, con su permiso, seguiré con estos papeles.

RAM. Sí, señor; pues no faltaba más. Está usted en su casa. (Sentándose cerca de la mesa y abanicándose con fuerza y haciendo volar los papeles colocados por don Bernardino. Este los sujeta inútilmente con las manos.) Sentiré venir á molestar, pero no tengo más remedio: una es madre y cuando una es madre, ya se sabe, hay que dar ciertos pasos...

BERN. ¿Quiere usted hacer el favor de separarse un poquito? Porque con el aire del abanico me está usted descomponiendo los papeles.

RAM. ¡Ay! Sí, señor; usted dispense. No había reparado. (Se separa.) Y no es que me abanique porque tenga calor, porque no lo hace, pero yo, cuando salgo de casa, si no saco el abanico, no sé qué hacer de las manos. Cuestión de costumbre. ¿Verdad don Bernardino?

BERN. Es natural.

RAM. Bueno, pues oiga usted. Yo venía á decirle á usted una cosa, y me alegro de encontrarle á usted sólo, porque no es que yo no simpatice con doña Restituta, pero ella tiene su genio; yo tengo el mío... y, en fin, que prefiero hablar con usted solo.

BERN. (Esta me va á pedir la mano de la chica.) (Sigue doblando los papeles.)

RAM. Usted ya sabe que yo tengo un hijo.

BERN. Sí, señora.

RAM. Usted ya sabrá lo que pasa, porque en los pueblos se sabe todo en seguida; como somos pocos y todos nos conocemos y no hay nada de qué hablar, pues, naturalmente, se habla de todo. Quedamos en que usted lo sabe.

BERN. No habíamos quedado en nada, pero, en fin... sí, lo sé.

RAM. La chica de usted, no es porque esté usted delante, pero es muy buena y muy decente y hasta bonita, si se quiere. Lo mismo que digo lo uno digo lo otro.

BERN. (¡Ay, qué pesada es esta mujer!)

RAM. Yo sentiré mucho que ustedes se ofendan; pero la verdad, yo quisiera que los chicos no siguieran con esos amores.

BERN. ¡Ah! ¿Pero es eso lo que usted desea?

RAM. Sí, señor. Porque, mire usted, don Bernardino. (Vuelve á acercarse á la mesa. Don Bernardino recoge los papeles y los coloca al extremo opuesto de la mesa.) El chico, gracias á Dios, puede seguir una carrera y yo quiero que la tenga y que estudie y que se haga hombre, y que no esté perdiendo el tiempo, porque ya sabe usted lo que sucede. Yo me puedo morir y usted se puede morir también, y luego, que yo me conozco, tengo un genio muy fuerte, y un día me coge el chico de malas (Coge el pisapapeles con la mano izquierda y hace ademan de tirarlo.) y hago una barbaridad. (Deja el pisapapeles con fuerza sobre la mesa.) La vida que lleva no es vida. (Se abanica nerviosamente y hace volar las cuartillas que sujetaba el pisa papeles.) No piensa más que en escribir coplas y yo sé que eso no puede ser bueno para la salud, porque se les llena la cabeza de tonterías y á lo mejor dan en locos. Créame usted, don Bernardino.

BERN. Sí, señora, sí. (¡Ay qué calamidad de mujer.) (Después de recoger las cuartillas de papel y de sujetarlas convenientemente.)

RAM. Me alegro mucho. Bueno, pues no hablemos más. (Se levanta y coloca la silla donde estaba antes.)

BERN. (Gracias á Dios.)

RAM. Yo pondré de mi parte todo lo que pueda, pero ponga usted algo de la suya, porque es mejor. Yo soy muy buena, y muy cariñosa. Figúrese usted si yo querré al chico... ¡Más que á las niñas de mis ojos! Pero una no puede dominarse á veces, porque los nervios,

son los nervios, y vamos, que yo tengo un carácter muy fuerte.

BERN. Pues júntese usted conmigo.

RAM. ¿Qué yo me junte?... ¡Por Dios, don Bernardino! No diga usted eso. Que puede oirlo doña Restituta.

BERN. Señora, si decía que yo también...

RAM. ¡Ah! Vamos, sí. No había comprendido. Ya sé que usted es incapaz de pensar esas cosas. Vaya, pues, no le canso más. Ya sabe usted que yo he dado este paso en bien de todos, y porque, naturalmente, ellos son chicos, y como chicos no saben lo que se hacen.

BERN. Sí, señora, sí, descuide usted. (Medio mutis de Ramona.)

RAM. (Vuelve.) Si ve usted al chico por aquí, dígale usted lo que viene al caso. Porque yo, la verdad, sentiría...

BERN. No, no me diga usted más.

RAM. (Vuelve.) ¡Por Dios, don Bernardino! Muchos besos á la señora y á Teresita...

BERN. ¡A Teresita sí!

RAM. (Vuelve.) No se habrá usted ofendido porque yo... No es despreciar á su hija, ¡Dios me libre! pero al fin una es madre, y viuda, y ya sabe usted que la que es viuda...

BERN. Es que se ha quedado sin marido, si señora. (Casi echándola de la rebotica.)

RAM. Adiós, don Bernardino. (Vase.)

BERN. ¡Vaya usted con Dios, señora! ¡Vaya usted con Dios!—¡Ay! ¡Qué mujer de mis pecados!

PEPE (En la botica. Entra al mismo tiempo que sale Ramona.) Vaya usted con Dios, doña Ramona.

BERN. ¿Le has visto? (Entra Pepe en la rebotica.)

PEPE No señor, no he podido encontrarle.

BERN. Bueno, pues déjalo. Yo voy á llevar estos papeles á don Telesforo y á tomar el fresco, que bien lo necesito. (Deja el gorro en la percha y se pone el sombrero) ¡Cuidado! ¡No vayas á dejarme sola la botica!

PEPE Vaya usted tranquilo. (Vase don Bernardino.)

ESCENA VIII

PEPE, TERESA, Luego NICOLÁS

TER. (Bajando del piso principal.) ¡Pepe! ¡Pepe!
PEPE Mande usted, señorita. (1)
TER. Dice mamá que subas al momento.
PEPE Voy.
TER. ¿Y papá? (2)
PEPE Ha salido ahora mismo á llevar una medicina á casa de don Telesforo.
TER. Pues sube. Si llama alguien yo te avisaré.
PEPE Está bien, señorita. (Vase por la escalera.)
TER. ¡Qué feliz oportunidad! Este era el momento de hablar con el pobre Nicolás. Puede que esté aun en la puerta de la zapatería. No, no viene nadie. (Mirando á la escalera al mismo tiempo que Nicolás viene de la botica.)
NIC. Ahora que no está el padre era la ocasión... ¡Ay! ¡Ella! ¡Teresita! (Desde la puerta de la izquierda.)
TER. ¡Nicolás! Cuanto me alegro de poder hablarte.
NIC. ¿No hay nadie por ahí?
TER. ¡No! ¡Soy muy desgraciada!
NIC. ¡Desgraciada queriéndote yo! (Se acerca á Teresa.)
TER. Por lo mismo.
NIC. ¿Eh?
TER. Mis papás se han enterado ya de nuestros amores.
NIC. Dirás tu papá, porque tu madre debe de saberlo hace algunos días. Ayer cuando se asomó al balcón y me vió enfrente, me hizo así con la cara. (Una mueca burlona muy exagerada.)
TER. Pues sí; mi papá lo sabe también y dice que en cuanto te eche la visla encima te estampa en la cabeza el mortero de mármol.
NIC. ¡Qué barbaridad!
TER Se ha puesto furioso conmigo.

---

(1) Teresa y Pepe.
(2) Pepe y Teresa.

NIC. ¡También mi madre me da cada disgusto! Tú no sabes el genio que tiene. ¿Ves esto encarnado que tengo debajo de este ojo? Pues fué que ayer me tiró á la cara un paquete de picadura suave.

TER. ¡Si llega á ser fuerte!...

NIC. Me deja tuerto. ¿Y todo por qué? Porque en vez de estarme en el estanquillo, me encierro arriba en el desván y me ponga á improvisar. Dice que voy á volverme loco, con tanto amor y con tantos versos.

TER. Pues la verdad es que los haces muy bonitos, aunque mi mamá diga lo contrario.

NIC. ¿Qué sabe tu mamá de esas cosas? ¿Si querrá ella entender más que los periodistas de Madrid?

TER. ¿Qué?

NIC. Has de saber que el otro día mandé al *Madrid Cómico* una *dolora* muy bonita, y en el número de anteayer me contesta el director llenándome de elogios.

TER. ¿De verás?

NIC. Verás lo que me dice.

TER. ¡Ay! Espera, no sea que vaya á venir papá y nos vea juntos.

NIC. Lo encontré ahí abajo. ¿A dónde iba?

TER. A casa de don Telesforo.

NIC. Entonces tardará, porque don Telesforo vive más allá del puente.

TER. (Que ha ido á la puerta de la calle.) No, no viene nadie. A ver lo que te dicen.

NIC. Aquí está el periódico. (Saca del bolsillo un «Madrid Cómico» muy roto.)

TER. ¡Ya lo has roto!

NIC. No; esto es roído de los ratones. Si en aquel desván no se puede dejar nada. Voy á pedir al mancebo que me dé unos polvos para ver si los descasto. Oye lo que me contestan. (Lee.) «Correspondencia particular. A. N. J »

TER. ¿N. I.?

NIC. Mis iniciales.

TER. ¡Ah!

NIC. «Su *dolora* es un *asombro*. No la publicamos »por no avergonzar á Campoamor. El era el

»César; pero usted le ha matado. Ya sabrá »usted quién ha matado á César. Pues ese es usted.»

TER. ¿Y quién ha matado á César?

NIC. ¡Bruto! (Con énfasis.)

NIC. ¿Te llaman bruto?

TER. ¡Sí! (Con orgullo.)

TER. ¿Y decías que te elogiaban?

NIC. Ya lo creo Es que tú no conoces la historia sagrada.

TER. Será eso.

NIC. Como que este juicio me ha animado mucho. Hoy, después de comer, empecé una poesía que se llama: *Desesperación*. Verás... No, pues no la traigo. Me la he dejado sobre la mesa del desván. Siempre se la habrán comido los ratones.

TER. ¡Qué lástima!

NIC. No está más que empezada. Dice así.

TER. ¿A ver, á ver?

NIC. (Recitando.) «Desesperación. Siento venir...»

TER. ¡Ay! Pues márchate, que no nos vean. (Medio mutis.)

NIC. No, si esto es de la poesía.

TER. ¡Ah! (Tranquilizándose.)

NIC. (Recita cómicamente.)

«Siento venir á mi corazón inerte
oleadas de sangre en lo profundo.
¿Para qué quiero la vida sin quererte?
Voy á morir; que me perdone el mundo
y que no se culpe á nadie de mi muerte.»

TER. ¡Preciosa!

PEPE (Arriba.) Está bien, sí, señora.

TER. Ya baja el mancebo. No conviene que nos vea juntos. Vete.

REST. (Arriba.) ¡Teresa!

TER. ¡Voy, mamá!—¡Anda, vete, por Dios!

NIC. ¿Me querrás siempre?

TER. Siempre. (Desde la escalera.)

NIC. ¡Adiós, vida mia! (Vase Teresa por la escalera.) ¡Qué buena es! Sí; me voy no vaya á llegar don Bernardino y me dispare el mortero. Pero antes veré si el mancebo... (Aparece Pepe por la escalera con una bandeja.) Oye, Pepe.

PEPE Mande usted.

NIC. Venía á pedirte un favor.

PEPE Ahora estoy muy deprisa. Voy á la confitería por tres docenas de bizcochos.

NIC. Aguarda. ¿Vosotros no dais los venenos sin receta?

PEPE ¿Qué hemos de dar?

NIC. Es que yo necesitaba unos polvos de arsénico.

PEPE Pues pídaselos usted al amo porque lo que es yo... (Vase corriendo por la puerta de la derecha.)

NIC. Sí. En seguida le pido yo nada al amo. Vaya, me voy que mi madre ya me estará esperando para cenar. (Se oye hablar dentro en lo alto de la escalera á doña Restituta.) ¡Huy! ¡Doña Restituta! (Va á salir por la botica, cuando se oye en la puerta la voz de don Bernardino que riñe con Pepe.) ¡Santo Dios! ¡Don Bernardino! ¡Y viene riñendo! ¿Qué hago yo? ¿Dónde me escondo? ¡Ah! ¡Aquí! (Baja precipitadamente á la cueva.)

ESCENA IX

DON BERNARDINO, enseguida DOÑA RESTITUTA, con el canastillo de la labor, TERESA y el SEÑOR CURA, luego PEPE.

BERN. ¡Tres docenas de bizcochos! ¿A que mi mujer piensa dar chocolate á los de la tertulia? ¡Pues ya no nos faltaba más que eso! (Quitándose el sombrero y volviendo á ponerse el gorro. Cierra la trampa de la cueva.)

REST. ¡Ah! ¿Ya estás de vuelta? ¿Pero has visto qué truchas tan hermosas nos ha traído el señor Cura?

CURA Ya he dicho que no me lo agradezcan ustedes. Para mí la pesca es una diversión.

REST. Siéntese usted, señor Cura, siéntese usted. (Se sientan: doña Restituta, en la silla núm. 1; Teresa en el sofá y el señor Cura en la silla núm. 2. Don Bernardino en la mesa del centro, prepara cualquier medicamento. Doña Restituta hace calceta y Teresa un trabajo de crochet.)

CURA Con su permiso (Sentándose.) Oiga usted, don

Bernardino. ¿No ha recibido usted los periódicos?

BERN. Sí, señor. Allí estan. (Sobre el aparador y con las fajas puestas.) Dáselos, niña. (Teresa los coge y se los entrega.)

CURA Muchas gracias. Vamos á ver que hay por Madrid.

REST. (A Pepe que llega con la bandeja de bizcochos.) Ponlos ahí, sobre el aparador.

ESCENA X

DICHOS, MARGARITA y DON PRUDENCIO. Éste trae un pañuelo negro tapándole la mitad derecha de la cara. Debajo del pañuelo, algodón enrama.

MARG. (En la puerta de la botica.) Anda, hombre, anda. ¿Se puede? (En la puerta derecha.)

REST. Adelante. (Se levanta.)

CURA Los Registradores. Ya van viniendo los puntos. (Se levanta y pasa á la izquierda.)

MARG. ¿Qué tal, doña Restituta? (Besándose.)

REST. Perfectamente, ¿y usted?

MARG. Muy mal.

REST. ¿Sí?

MARG. Felices, señor Cura.

CURA ¡Hola, doña Margarita!

MARG. Don Bernardino... Teresita... ¡Vean ustedes á mi pobre hermano! (Aparece don Prudencio en la puerta izquierda.)

TER.
BERN.
REST. ¡Don Prudencio!

CURA ¡Qué es eso, hombre! (1)

PRUD. Una neuralgia horrible. He pasado una noche de perros. Ahora ya estoy mejor; pero me ha cogido media cara, y luego, como yo ya era sordo de este lado, (Del izquierdo.) resulta que ahora lo soy de los dos. Estoy como una tapia.

---

(1) Teresa, Margarita, doña Restituta, don Bernardino, don Prudencio y el señor Cura.

BERN. ¡Vaya, hombre, vaya!

CURA ¿Pero eso no le quitará á usted las ganas de jugar al tresillo?

PRUD. ¿Eh?

CURA Que jugaremos luego un tresillito. (En voz alta.)

PRUD. Bueno. (Margarita se sienta en la silla número 1, doña Restituta en la número 2 y Teresa en el sofá. Don Bernardino vuelve á sus ocupaciones. Don Prudencio y el señor Cura se sientan en las sillas 5 y 6 respectivamente; encienden las bujías y leen los periódicos.)

MARG. (A doña Restituta.) Pues, sí, hija. Ha estado el pobre en un ¡ay! cerca de cuatro horas. En fin, que á las tres de la mañana tuve que llamar á don Julio. Por cierto que yo no he visto nunca un médico más notable.

REST. Ya lo oyes. (A don Bernardino.)

BERN. Bueno.

MARG. No hizo más que verle y, sin tomarle el pulso ni nada, sacó de un estuche una lavativita así de pequeña; la cargó con yo no sé qué líquido que llevaba en un frasquito; le dió un pinchazo en el hombro, y mano de santo, hija mía. Se le quitó el dolor por completo. ¡Como que luego estuvo durmiendo hasta que le despertamos para comer! Yo he conocido algunos médicos, no muchos, porque, gracias á Dios, hemos tenido siempre buena salud; pero lo que es como don Julio no creo que haya otro. (Saca del bolsillo la labor de «crochet.») ¡Y luego es tan simpático!...

REST. Mucho.

MARG. ¡Y tan elegante!

REST. Como que es de Valladolid.

MARG. Anoche, á pesar de ir á medio vestir, tenía un aire tan distinguido...

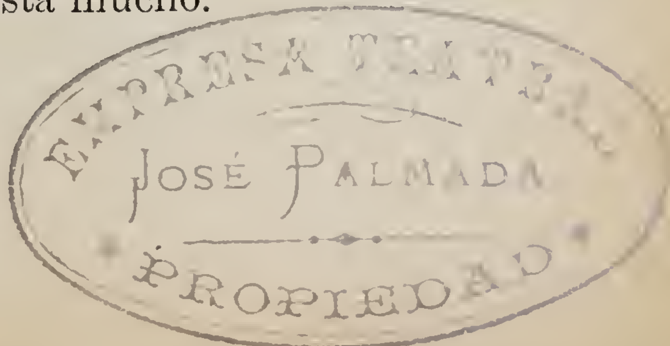
REST. Sí que lo tendría.

MARG. Llevaba al cuello un pañuelo de seda que le favorecía tanto...

REST. ¡Sí lo creo! A mí me gusta mucho.

MARG. Y á mí también.

REST. (¿Eh?)



MARG. Y no sé si permitirme esta confianza, pero me parece que yo no le soy indiferente.

REST. ¿Usted? (Contrariada.)

TER. (Me alegro.)

MARG. Después de todo, piensa muy bien. Un joven como él necesita una mujer de mis condiciones.

REST. Y de sus años.

MARG. No; la diferencia de edad no es mucha; pero un médico joven debe elegir una esposa de cierta formalidad y de...

REST. (Cortando la conversación.) Trae usted labor nueva, ¿eh?

MARG. Sí. No sé si la he dado á usted la puntilla...

REST. (¡Eh!)

MARG. La que me mandó mi hermana la monja.

REST. No me la ha dado usted.

MARG. Pues mañana se la traeré. (Sigue trabajando.)

CURA ¡Qué barbaridad! ¡Cómo está Madrid!

REST. ¿Qué pasa?

MARG. ¿Qué ocurre?

CURA Oigan ustedes. (Se levanta y lee en el centro de la escena.) Un crimen horrible. (Lee.) «Ayer, en la calle del Piamonte, un caballero que padecía accesos de enagenación mental, se degolló con una navaja de afeitar. La esposa desollada salió corriendo á dar parte al juzgado.»

MARG. ¡Qué atrocidad!

REST. Pero, ¿cómo pudo salir esa pobre señora?

CURA Pues así lo dice. (Mirando el periódico.) ¡Ay! Ustedes perdonen. «La esposa *desolada.*»

TODOS ¡Ah!

CURA Yo había leído *desollada*. ¡Jé, jé! (Vuelve á sentarse donde estaba.)

REST. Ya decía yo que estando así no podía ir al juzgado.

PRUD. (No he oído una palabra... ¡Cómo sufrirán los sordos!)

MARG. A propósito de juzgado. ¿No vendrá la Jueza esta noche?

REST. Sí. No faltará. La he visto esta mañana en misa, y se despidió hasta la noche.

MARG. Estaría muy elegantona.

REST. No iba mal.

MARG. ¡Esas señoras andaluzas se visten de una manera tan llamativa!.. ¿Iría luciendo la pechuga como siempre?

REST. Es natural. Como que tiene una garganta muy bonita.

MARG. Pues, hija, otras la tienen también, y sin embargo no la enseñan con ese descaro. A fe que si usted y yo nos descotáramos...

REST. ¡Sobre todo usted! (¡El demonio de la fea!...) (Nicolás, que habrá ido levantando poco á poco la trampa de la cueva, la deja caer de pronto por temor de ser visto. Al golpe todos vuelven la cabeza.)

NIC. (¡Huy!)

REST. ¡Eh! ¡Creí que se había caído algo! (Se oyen en la puerta de la botica las carcajadas de Currita que viene con don Joaquín y con Julio.) Ya están ahí.

BER. (¡Qué habían de faltar!)

CURA ¡Me alegro! Ya tenemos partido. (Divide las fichas en cuatro lotes y dispone la mesa para jugar.)

ESCENA XI

DICHOS, CURRITA, DON JOAQUÍN y DON JULIO. Entran en la rebotica por la puerta de la derecha. Currita viste con elegancia relativa, Lucirá un escote no muy exagerado, pero lo bastante para que se vea que presume de pechuga bonita

CUR. (En la botica riéndose.) ¡Jesús qué lanse tan chistoso. ¡Lo que siento no haberlo presensiado! (Entrando en la rebotica.) Felises. (Todos se levantan. Currita habla con marcado acento andaluz.)

BER. Buenas noches.

REST. Sean ustedes muy bien venidos.

CUR. ¿Qué tal desde esta mañana? (Besando á doña Restituta.)

REST. Bien.

CUR. ¿Y tú, nena? (Besando á Teresa.)

TER. Bien, gracias.

CUR. Adiós, Margarita. (Besándose.) Ya sé que su hermano está mejor. Lo selebro muchísimo.

Adiós, don Bernardino. Buenas noches, señor Cura.

CURA ¡Olé, por las sevillanas! ¡Jé, jé!

CUR. ¡Pero qué simpático es este señor Cura! (El Juez y Julio van saludando á todos. Este último reconoce detenidamente á don Prudencio. Las señoras vuelven á sentarse. Mariquita y Teresa donde estaban. Currita en la silla núm. 2 y doña Restituta en el sofá, primer término El Juez coge un periódico y lo lee á la luz de la lámpara.)

REST. ¿De qué se reían ustedes? (A Currita.)

CUR. ¡Calle usted por Dios, señora! Le venía contando á Julio lo que le ccurrió al pobre Martínez.

REST. ¿Qué le ocurrió?

CUR. ¡Ah! ¿Pero no les ha dicho á ustedes nada don Bernardino?

REST. ¿Ese? ¿Qué ha de decir ese?

CUR. ¡Qué soso es usted, hijo! (A don Bernardino.) Pues que el infeliz veterinario se sentó aquí sobre un parche de pez de Borgoña que había encargado para uno de sus clientes y se lanzó á la calle con aquella etiqueta en los pantalones. (Margarita y Teresa se ríen.) El mismo me lo acaba de contar. A mí es un hombre que me hase muchísima grasia. (Riéndose.)

REST. A mí ninguna. Celebro que haya dejado de venir.

MART. (En la botica.) Hola, Pepe.

CUR. Pues ahí le tiene usted.

REST. Lo siento.

BER. (¡Me alegro! ¡Toma tertulia!) (Entra Martínez en la rebotica por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS y MARTÍNEZ

MART. Buenas noches tengan ustedes, todos. (Deja el sombrero en la percha, donde ya los habrán dejado antes don Prudencio, don Joaquín y Julio.)

TODOS Hola, Martínez.

CUR. Venga usted, hombre, venga usted acá. (Martínez se acerca á la mesa de comedor y se coloca entre Currita y doña Restituta, de espaldas al público.)

MART. Doña Restituta, perdone usted que no haya venido estas noches. Pero he *estao* muy *ocupao*.

REST. ¿Sí, eh? ¡Qué lástima!

CUR. Ya les he contado á estas señoras... (En tono burlón y conteniendo la risa.)

MART. Calle usted, doña Currita, que me da muchísima vergüenza. Gracias á que ha sido de noche. Si llega á ser de día me corren los chicos de la calle. (Acercándose á don Bernardino.) ¡Buena pez de Borgoña me gasta usted, don Bernardino!

BERN. ¡Pega! ¡Pega!

MART. ¡Cualquiera la quita de los pantalones! (Llevándose la mano á la parte trasera del pantalón.) En cambio no tienen ustedes idea de lo bien que le sentó el emplasto al macho del vinatero. (Escuchan todos con atención.) Lo mismo fué ponérselo, sintió tal alivio, que el pobrecito animal volvió así la cabeza como para darme las gracias. (Haciendo girar la cabeza hacia el hombro derecho.) ¡Si les digo á ustedes que hay caballerías que parecen personas! Sí;

REST. como hay personas que parecen caballerías.

MART. ¡Verdad!

CURA Ea, señores, que el tiempo es oro. Hoy vengo á dejarme el dinero.

MART. (Sí, facilito es.)

CURA Vamos, señor Juez, elija usted puesto.

JOAQ. No. (Habla con ligero acento valenciano.) Usted antes. (Dejando el periódico y acercándose á la mesa de tresillo.)

CURA De ninguna manera.

JOAQ. Bueno. (Levanta una carta.) Espadas.

CURA Señor Registrador.

PRUD. No sé si podré jugar.

JULIO Sí, hombre, juegue usted.

PRUD. Es que siento unos mareos...

CURA Eso es del estómago. Lo mismo me pasa á mí cuando como más de lo regular. (Prudencio levanta una carta de oros. Coge la silla número 4

y la coloca enfrente de la número 6, de modo que las patas traseras estén sobre la trampa de la cueva. El señor Cura se sienta en la silla número 5, y don Joaquín en la número 6. Se disponen á jugar.)

JULIO Yo le pondré á usted una formulita. Oiga usted, don Bernardino. ¿Tendrá usted *Acetilfenihidracina?*

BERN. ¿Qué?

JULIO *Acetilfenihidracina.*

BERN. ¿Yo? ¡Qué he de tener eso!

JULIO Pues hay que pedirlo á París.

BERN. ¡Sí, hijo, sí! Pida usted por esa boca.

CURA Don Bernardino, ¿quiere usted hacer el cuarto?

BERN. No, señor, ni el cuarto (ni el primo).

CURA Don Julio...

CUR. No sean ustedes egoistas. Al médico lo nesesitamos nosotras.

MARG. Sí que lo necesitamos.

MART. Si ustedes quieren que yo...

CURA Sí, hombre, venga usted.

MART. (A las señoras.) Siempre meteré la pata.

REST. Las cuatro.

MART. ¿Eh?

REST. Que los cuatro pueden ustedes jugar.

MART. Vamos allá (Se acerca á la mesa de tresillo y ocupa la silla número 7, de espaldas al público.)

REST. Don Julio, siéntese usted aquí con nosotras.

JULIO Señora... (Coge la silla núm. 3 y va á sentarse al lado de Margarita.)

REST. ¡No! ¡Ahí, no! ¡Aquí! (Dejándole su puesto en el sofá.) Niña, déjale sitio á tu lado.

JULIO No se moleste usted, Teresita. Usted siempre tan laboriosa. (Doña Restituta coge la silla número 3 y se sienta en el primer término á la entrada de la escalera.)

REST. No lo sabe usted bien. Esta chiquilla será la gran mujer de su casa. No sabe estar holgando.

MARG. Lo mismo me pasa á mí.

CUR. Pues, hija mía, á mí me susede todo lo contrario. (Abanicándose.) Trabajo porque no hay más remedio, pero me gustaría más que me diesen las cosas hechas.

CURA ¡Juego! ¡Y que va á ser solo! ¡Roben bastos!

CUR. Buen prinsipio, señor Cura. ¿A ver, á ver? (Se levanta y se acerca al señor Cura.)

CURA Mire usted qué solito. (Le enseña las cartas.)

CUR. Alegrillo es. (Viendo las cartas.)

CURA (¡Pero qué desabrigada anda siempre esta señora!)

CUR. Me gusta usted porque tiene el juego como el carácter, siempre alegre.

CURA Quiá. ¡Ya no soy lo que era! ¡Si me hubiera usted conocido de muchacho! En el Seminario era yo el demonio. ¡Dios me lo perdone! Como que me llamaban el padre *Aleluya.* ¡Je, je!

CUR. ¡Ay, que grasia! (Se dirige á la derecha.)

MART. ¡Vamos, hombre! (Al señor Cura.)

CURA Rey de copas. (Jugando.)

MART. ¡Lo fallo! (Siguen jugando.)

CUR. (Volviendo á sentarse.) ¡Jesús! Pero qué olor tan desagradable se nota hoy aquí.

REST. Será el veterinario.

CUR. No, me parese que es eso que está ahí á la lumbre. (Por un cacillo que don Bernardino ha puesto á la lámpara del alcohol.)

REST. De seguro.—Oye, Bernardino, ¿Qué cocimiento es ese?

BERN. Asafétida.

CUR. ¡Ya desía yo!

REST. Pues, hombre, ya podías tener más consideración.

BERN. Pero, mujer, si es que...

REST. ¡Que lo hagan arriba en la cocina! (Muy incomodada.) No nos vayas á infestar ahora!

BERN. (¡Qué paciencia!) ¡Pepe!

PEPE Señor.

BERN. Llévate esto á la cocina. (Vase Pepe con el cacillo pasando cerca de Currita que se tapa las narices.)

CUR. ¡Uf! ¡Qué peste! A mí que me den olores finos y delicados. Sobre todo flores. En Sevilla, ¡ay, Sevilla de mi alma! tenía yo siempre mi habitasión que paresía un jardín.

CURA ¡Juego!

JOAQ. Juegue usted algo, señor Cura..

CURA Copas.

PRUD. ¿Eh?
CURA Copas.
MART. Este se lo ponen. (Nicolás levanta la trampa sobre la que está sentado don Prudencio. Este se tambalea agarrándose á la mesa.)
PRUD. ¡Ay!
TODOS ¿Eh?
CURA ¿Qué es eso?
PRUD. ¡Un mareo! Ya pasó. Me ha hecho el efecto de que se balanceaba la silla.
CURA No haga usted caso. Eso no vale nada. (Don Bernardino empieza á machacar en el mortero de mármol.)
CUR. ¡Jesús! (Molesta con el ruido.)
REST. ¡Pero, Bernardino! (Furiosa, levantándose.)
BERN. ¿Qué?
REST. Que dejes el machacar para cuando estés tú solo.
BERN. (¡Tú si que machacas!)
REST. ¡Ay! ¡Qué hombre! (Vuelve á sentarse.)
BERN. (¡Ay! ¡Qué mujer!) (Deja el mortero.)
CUR. ¡Ay! ¡Que no me había fijado en Margarita!
MARG. ¿Qué?
CUR. ¡Hija mía, qué corbata tan elegante se ha puesto usted hoy! (Burlona.)
MARG. No vale nada.
CUR. ¡Fíjense ustedes!
REST. ¡Preciosa!
JULIO De mucho gusto.
CUR. Y que la favorece á usted muchísimo. (Entra en la botica el lugareño 3.º con receta y frasco; don Bernardino le despacha.)
MARG. No sea usted burlona, Jueza.
CUR. ¡Ay, hija, por Dios, no me llame usted juesa, porque mi carácter está reñido con la seriedad del cargo! Llámeme usted Curra ó Currita; ¿pero juesa? ¡Quite usted allá! ¡Yo no soy como esas señoras que porque son esposas del Juez de primera instancia, se dan el mismo tono que si estuviesen casadas con el Presidente del Supremo.
REST. Qué buen humor tiene esta señora.
CUR. Y que usted lo diga y Dios me lo aumente. Es la ley de las compensasiones. Si yo fuese

tan seria como mi marido pareseria mi casa el Tribunal de la Rota. Pero así y todo. Allí le tienen ustedes. El valensiano más formal y más *espetao* que he visto en mi vida. Pues el hombre se ha vuelto loco con unas *pataitas.* (Movimiento de baile.)

REST. ¿Le han pegado?

CUR. ¡Señora, por Dios!—Oye, Joaquín. (Levantándose y acercándose á la mesa de tresillo.)

JOAQ. ¿Qué?

CUR. Diles á estas señoras cómo me has conosido.

JOAQ. Déjame ahora, que esto está grave.

MART. ¡Señora, por Dios!

CUR. !Qué finos son estos jugadores de tresillo! (Volviendo al lado de las señoras) Pues me conosió hase tres años en Marmolejo. Entró una noche en el casino, me vió bailar unas sevillanas, y ¡zás! ¡allí cayó un Juez!

REST. ¿Pero usted baila esas cosas de castañuelas?

CUR. Yo bailo todo lo que hay que bailar. Presisamente aquí me aburro por eso. En este pueblo no se baila nunca. ¡Si me vieran ustedes los veranos en las casas de baños! Soy yo sola capaz de volver locos á todos los agüistas. El año pasado, en Mondariz, hice bailar unos panaderos á un señor magistrado que padesía del hígado... ¡Con que no les digo á ustedes más! (Sentándose.)

MARG. También yo soy muy animada en los balnearios.

REST. ¿Usted, Margarita? (Con sorna.)

MARG. Sí, señora. Hace cuatro años, cuando estuve con papá en Loeches, dejé nombre en el establecimiento.

CUR. ¡Ya lo creo! Como que todavía lo estan diciendo los periódicos. «La Margarita en Loeches... La Margarita en Loeches...»

REST. ¡Pero qué saladas son estas andaluzas! (Riéndose.)

MARG. Muy saladas... (y muy desvergonzadas.)

MART. ¡Arrastro!

CURA Tengo.

JOAQ. Ahí va.

MART. ¡Arrastro!



Cur. Lo que arrastra ese hombre. (A Restituta.)

Rest. ¡Tiene una fuerza bárbara! (Suena el clarinete.)

Bern. (¡Caracoles!)

Cur. ¡Ay! ¿Qué es eso? ¿Tienen ustedes músico en la vecindad? (Levantándose.)

Rest. Sí, desde ayer.

Cur. Don Bernardino, que sea enhorabuena.

Bern. ¡Gracias! (De mal humor.)

Cur. ¡Qué masurka tán presiosa! (Dando unos pasitos de baile.) Ya me estan bailando las piernas. No lo puedo remediar.

Rest. Pues baile usted, señora, baile usted.

Cur. Don Julio, ¿quiere usted que demos unas vueltas?

Bern. (¿Eh?)

Julio. Con mucho gusto. (Se levanta.)

Cur. Don Bernardino, haga usted el favor de separarse.

Bern. ¡Vaya! ¡Me voy! Esto no se puede soportar. (Vase furioso por la escalera. Currita y Julio retiran la mesa del centro hacia el foro.)

ESCENA XIII

DICHOS menos DON BERNARDINO

Rest. (A Magarita.) Debía usted bailar también aunque no fuese más que para darle en cara.

Marg. Crea usted que de buena gana lo haría.

Rest. Martínez.

Mart. Señora.

Rest. Aquí tiene usted pareja.

Marg. ¡Pero, doña Restituta!..

Rest. (A Martínez.) Ande usted, ande usted.

Mart. Vamos allá. (Al levantarse se lleva pegado al trasero la cubierta de crochet de la silla.)

Rest. ¡Pero, Martínez! (Riéndose.)

Todos ¡Já, já, já!

Mart. (Sin comprenderlo.) ¿Qué?

Cur. Que lleva usted colgaduras.

Mart. (Volviéndose y arrancándose la cubierta del crochet.) ¡Nada! Está visto que hoy no puedo sentar-

me en ninguna parte. (Tirando la cubierta.) Ande usted, señora, ande usted. (A Margarita.)

MARG. (¡Si no fuese por lo que es!) (Bailan las dos parejas. Martínez tropieza con el señor Cura.)

CURA Cuidado, hombre.

REST. (A Teresa.) ¡Qué sosa eres! Ni siquiera has dirigido la palabra á don Julio.

TER. Pero mamá... (Cesa la música. Se suspende el baile.)

CUR. ¡Qué lástima!

MART. Ahora que me iba yo animando. Pero, ¡cómo se menea esta señora á pesar de sus años!

MARG. (¡Grosero!) (Martínez vuelve á la mesa de tresillos. —Va á sentarse y de pronto se detiene.—Ladea la silla y se sienta al escape tomando una postura ridícula.)

CURA Doña Restituta, que no se olvide usted de lo que me ha prometido.

REST. En seguida, señor Cura.

CUR. ¿Qué es?

CURA Que nos va á dar la prueba de un Jerez riquísimo.

CUR. Hija mía, ¿tiene usted Jerez y no nos había dicho nada? Vengan unas copitas. A mí las cosas de mi tierra me entusiasman.

REST. Ahora, ahora lo probarán ustedes. Es un regalo de mi hermano, que se ha metido á cosechero. ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Ah, que está arriba! Mira, niña, haz el favor de bajar á la cueva y sube unas botellas.

MART. Yo bajaré, señora.

JULIO O yo...

REST. No faltaba más. Irá la niña. A esta le gusta trabajar... (A Julio.) Es una alhaja, don Julio, créame usted. (Teresa se dirige á coger el farolillo que está encima del aparador y lo enciende.)

CUR. ¡Vaya! ¡Basta de tresillo! Que tenemos que probar el Jerez. (Recogiendo las barajas.) Sean ustedes más galantes con las damas.

CURA Pero, señora...

JOAQ. Sí, sí. Basta. Porque si no se nos lleva el señor Cura todo el dinero.

CURA A pagar, á pagar.

JOAQ. Ahí van seis pesetas.

MART. Treinta reales míos. (El señor Cura recoge el dinero. Se levantan todos.)

CURA ¡Pues si no gano más que tres duros! (Ha bajado al primer término izquierda con Currita.)

CUR. Una misa cantada.

MART. Pues yo le he pagado el órgano. (Doña Restituta coloca los bizcochos y las copas en la mesa de comedor.)

CUR. Señor Cura, usted perdone que me tome estas libertades

CURA No hay de qué, señora.

CUR. Yo sentiría que usted me juzgara mal, pero como tengo este carácter...

CURA ¡Quite usted, por Dios!

CUR. ¿Y cree usted que en el pueblo tampoco juzgarán mal de estas ligeresas mías? (Teresa, ayudada de Martínez, abre la trampa de la cueva.)

CURA De ninguna manera.

CUR. Me alegro, porque yo abrigaba el temor...

CURA ¿Abrigar temor? ¡Ninguno! (Lo que debía abrigar es otra cosa.) (Al volverse está á punto de caer en la cueva.)

CUR. ¡Ay, señor Cura, por Dios!... (Sujetándole.)

CURA No había visto... (Teresa baja á la cueva.)

CUR. Cuidado, niña, no vaya usted á dar un mal paso.

TER. Descuide usted. (Baja.)

CUR. ¡Qué monísima es esta criatura! (A doña Restituta.)

TER. (En la cueva.) ¡Ay! (Grito agudo.)

CURA ¡Eh!

CUR. ¿Qué?

REST. ¿Qué es eso? (Todos se acercan á la trampa.)

TER. (Asomándose.) No, no es nada.

CUR. Algún ratón.

TER. Sí, un ratón muy grande; pero ya se ha escondido. (Vuelve á bajar.)

CUR. Menos mal Creí que era otra cosa.

REST. (A Currita.) Mire usted, mire usted, á doña Margarita. ¡Qué miradas le echa al médico! ¡Está enamorada de él! (Julio, sentado en el sofá, lee un periódico.)

CUR. ¿Sí? Pues que no se componga. Julio á quien quiere es á otra.

REST. ¿A Teresita?

CUR. No, señora. A una prima suya de Salaman-

ca, con la que está para casarse. El mismo me lo ha confesado.

REST. ¿Sí? (Me alegro... por la Registradora.)

TER. (Subiendo de la cueva con una botella.) (¡Ay, Dios mío!)

MART. ¿Una botella nada más? ¡Suba usted otra, criatura! (Teresa vuelve á bajar á la cueva.)

REST. Don Julio, que sea enhorabuena.

JULIO ¿De qué, señora? (1)

REST. De que ya sé que está usted para casarse.

MARG. (¡Señora, por Dios!) (A doña Restituta.)

REST. (A Margarita.) (No, si no es con usted.) Si es con una prima suya de Salamanca. ¿No es verdad, don Julio?

JULIO Sí, señora: el mes que viene tendré el gusto de presentársela á ustedes.

MARG. (¡Qué desencanto! ¡Y yo que había llegado á figurarme!) (A doña Restituta.)

REST. (A Margarita.) Las mujeres somos muy tontas, créame usted á mí. (Sale Teresa de la cueva con dos botellas.)

MART. ¡Ya está aquí el vino!

CURA ¡Vamos á ver! ¡Vamos á ver!

TER. (¡Pobrecito! ¿Cuándo va á poder subir?) (Martínez cierra la trampa.)

MART. Traiga usted. (A Restituta.) Aquí tengo yo sacacorchos.

REST. No, gracias; lo hay aquí... (¡Dios sabe de qué estará ese sacacorchos!) (Va á la mesa, figura descorchar las botellas, y va llenando las copas que Currita se encarga de repartir.)

PRUD. (Al señor Cura.) Puede que me siente bien para estos mareos.

CURA Indudablemente.

REST. Señor Cura, señor Juez; vamos, vengan ustedes.

CUR. Tome usted, señor Cura.. don Prudencio... señor Martínez... Toma, hijo... (A don Joaquín.) Margarita... Don Julio... Vamos, niña... (A Teresa.)

TER. No, señora, yo no tengo ganas de nada. (Don

---

(1) Don Julio, doña Restituta, Margarita, don Joaquín, el señor Cura, Curiita, Martínez y don Prudencio.

Prudencio, con una copa y un par de bizcochos, va á sentarse en la silla número 3, en la mesa de tresillo, dando la espalda á los demás personajes. Beben todos menos Teresa.)

CURA ¡Riquísimo! (1).
JULIO ¡Excelente!
CUR. ¡Qué *bouquet* tiene!
MART. ¡Si lo pudiera uno beber á pasto!
REST. No es malo, no.
MARG. Yo lo encuentro algo fuerte.
JOAQ. Superior, superior.

ESCENA XIV

DICHOS y DON BERNARDINO, que baja por la escalera

CURA ¡Don Bernardino, esto es de primer orden!
BERN. ¿Qué es eso? (2).
REST. El Jerez de mi hermano.
BERN. ¿Quién lo ha subido?
REST. La niña.
BERN. ¿Es de las botellas que hay á la derecha, según se baja? (A Teresa)
TER. Sí, señor.
BERN. ¡Ay! ¡Dios mío!
TODOS ¡Qué! (Algo alarmados.)
BERN. ¡Ay, Virgen santa!
REST. Pero, ¿qué pasa?
BERN. ¡Que eso no es vino!
TODOS ¿Eh?
BERN. ¡Que eso es alcoholaturo de cicuta!
TODOS ¡Puf! (Todos se aterran y gesticulan haciendo ascos, menos don Prudencio que no se ha enterado de nada y que sigue saboreando el vino, de espaldas á los demás.)
PRUD. (¡Es un vino muy rico!) (Bebiendo.)
CUR. ¡Pero, denos usted un contraveneno!
JULIO ¡Pronto! ¡Acido tánico!

(1) Teresa, doña Restituta, Margarita, Currita, don Julio, Martínez, el señor Cura, don Joaquín y don Prudencio.

(2) Teresa, don Bernardino, doña Restituta, Margarita, Currita, don Julio, Martínez, el señor Cura, don Joaquín y don Prudencio.

MART. ¡Qué ácido tánico! ¡Aceite, aceite!
MARG. (A don Prudencio.) ¡No bebas, por Dios!
PRUD. ¿Qué?
MARG. ¡Que no bebas!
PRUD. ¿Por qué?
MARG. ¡Porque está envenenado!
PRUD. ¡Caracoles! (Escupiendo.)
BERN. ¡Ay! ¡Respiro! (Desde lo alto de la escalerilla de mano á donde ha subido como á buscar el contraveneno.)
TODOS ¿Qué?
BERN. Tranquilícense ustedes, tranquilícense ustedes. (Bajando.)
TODOS ¿Pero?...
BERN. Que me he confundido.
TODOS ¿Eh?
BERN. Que el alcoholaturo de cicuta no está á la derecha, sino á la izquierda.
CURA ¿Pero está usted seguro?
BERN. Segurísimo. ¡Esto es Jerez! (Cogiendo la botella que tendrá doña Restituta.) Ya lo creo que es Jerez. (Bebe. Todos se tranquilizan menos don Prudencio.)
TODOS ¡Ah!
PRUD. ¡Ay, ay! ¡Qué dolores tan horribles! (En el vientre.)
MARG. ¡Tranquilízate!
PRUD. ¡Estoy muy malo! (Todos se vuelven hacia don Prudencio y se burlan de su error.)
MARG. ¡Si no hay tal veneno!
PRUD. ¿Eh?
MARG. ¡Que lo del veneno era mentira! (Más alto.)
PRUD. ¿Sí? Pues me parece una broma de muy mal gusto. (Levantándose de la silla.)

ESCENA XV

DICHOS, RAMONA y MATÍAS; luego PEPE

RAM. (Entrando en la botica.) Déjeme usted, Matías, déjeme usted.
MAT. (Entrando con ella.) Vamos, señora. Sosiéguese usted. (Se queda en segundo término.)
REST. ¿Quién?

BERN. La estanquera.

RAM. (Entrando en la rebotica por la puerta derecha) ¡Ay, don Bernárdino de mi alma! ¡Ay, señor Cura de mi corazón! ¡Ay, señor Juez de... primera instancia! (Llorando.) Buenas noches tengan ustedes. (Con naturalidad.)

JOAQ. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

RAM. ¡Una desgracia horrible! ¡Que mi pobre hijo no parece por ninguna parte.

TER. (¡Claro!)

RAM. Al ver que no se presentaba á cenar á la hora de costumbre, llamé á Matías y él y yo le hemos estado buscando por todo el pueblo y nada.

CURA Calma, Ramona, Calma.

RAM. (Llorando.) ¡Ay, señor Cura! (Transición.) ¡Ah! Antes de que se me olvide. Ya tiene usted separados los dos mazos de puros escogidos. (Vuelve á llorar.) ¡Ay, Dios mío! ¡Pero si esto ya me lo temía yo!

JOAQ. ¿Pero que es lo que teme usted?

RAM. Que se haya matado.

REST. ¡Señora!

CUR. ¡Jesús!

RAM. Creyendo que estaría en el desván, subimos y mire usted lo que encontramos allí. (Sacando un papel.)

JOAQ. ¿A ver, á ver?

REST. (¿Qué será?)

JOAQ. (Leyendo.) «Desesperación. (Lee como si fuera prosa.)

Siento venir á mi corazón inerte
oleadas de sangre en lo profundo.
¿Para qué quiero la vida sin quererte?
Voy á morir, que me perdone el mundo
y que no se culpe á nadie de mi muerte.»

MART. Y cae en verso.

JOAQ. A cualquier cosa llama usted versos.

CURA. ¡Jesús, qué chicos!

RAM. ¡Ay, ¡doña Currita!

CUR. Tranquilísese usted, señora. Los poetas disen esas cosas, pero no las hasen nunca.

JOAQ. ¿Qué han de hacer? Hay que buscar á ese muchacho. (A Matías)

MAT. El chico del zapatero, con perdón de usía, ha dicho que le vió entrar aquí.

BERN. ¿Aquí? ¡No es posible! (A Pepe, que baja la escalera.) ¿Has visto tú por aquí á Nicolás, el hijo de esta señora?

PEPE Sí señor. Aquí estuvo antes á ver si le despachaba un veneno.

TODOS ¿Eh?

PEPE Quería polvos de arsénico.

RAM. ¡Se mató!

TODOS ¡Jesús!

RAM. ¡Ay!... ¡Ay!... Yo me pongo mala!

(Cae desmayada en brazos de Don Bernardino y del señor Cura. La sientan en la silla núm. 2, que adelanta al proscenio.— Todos rodean á Ramona dejando libre la izquierda de la escena.)

CUR. ¡Qué lástima de muchacho!

REST. La culpa la tienes tú, por haberte opuesto á sus amores con la niña. (A don Bernardino.)

BERN. ¡Pero mujer!

JULIO Pronto. El frasco del éter.

REST. Voy, voy. (Coge un frasco del estante del centro. Suena el clarinete.)

JOAQ. (A Matías.) ¡A ver! ¡Que se calle ese músico! (Vase Matías y vuelve luego.)

BERN. Muchas gracias, señor Juez. (Dándole la mano.)

REST. ¡Aspire usted, señora!

RAM. ¡Puf! (Gesto de desagrado.)

REST. Aspire usted fuerte. (Doña Ramona hace otro gesto.) Ya vuelve. (A Currita que está á su derecha.)

CUR. Quite usted, por Dios, que eso huele muy mal.

REST. Si es éter.

BERN. ¡A ver! (Cogiendo el frasco.) Si esto es el frasco de la bencina! (Lo vuelve al estante.)

REST. Bueno. El caso es que ha vuelto en sí.

RAM. ¡Ay! Hijo de mi alma! (Llorando. Cesa el clarinete.)

TER. (¡Yo lo digo!) Doña Ramona... (Acercándose á ella.)

RAM. ¡Ay! ¡Hija de mi vida! (Abrazándola.) Hemos perdido las dos lo que más queríamos en el mundo! (Llorando amargamente.)

TER. ¡No, señora!

RAM. ¿Eh? (Se levanta algo la trampa.)
TER. Nicolás vive.
TODOS ¿Qué?
TER. Y está aquí.
REST. ¿Dónde?

ESCENA FINAL

DICHOS y NICOLÁS

NIC. (Saliendo.) (Yo no aguanto más.)
TER. Mírenlo ustedes.
TODOS ¡En la cueva! (Sorpresa general. Matías cierra la trampa.)
RAM. ¡Hijo de mi al...! (Muy cariñosa. Transición.) ¡Lo mato!
NIC. ¡Madre! (Ramona va á pegarle. El Juez, Martínez y el Cura, se interponen y los separan.)
JOAQ. ¿Qué hacía usted ahí abajo? (A Nicolás.)
NIC. Aburrirme.
REST. ¿Conque lo tenías encerrado? (A Teresa. Yendo á pegar a Teresa. Currita y Margarita se interponen. Don Bernardino en el centro de la escena, da muestras de estar muy cargado con lo que pasa.)
TER. (Llorando.) No, señora. Si yo no sabía nada.
NIC. No, señora, si ella no lo sabía.
RAM. ¡Insolente! (Se repite el movimiento anterior.)
REST. ¡Desvergonzada! (Idem, ídem.)
BERN. ¡Ea, basta ya! (Con gran energía.) Aquí estamos en mi casa, y en mi casa no manda nadie más que yo. Los chicos seguirán en amores, porque se quieren... ¡Y porque á mí me da la gana! (Cogiendo de la mano á Teresa y á Nicolás y llevándolos al centro de la escena.)
NIC. ¿Es de veras?
BERN. Sí, señor, y os casareis en cuanto éste tenga su carrera.
RAM. Siendo así, bueno.
BERN. Serás boticario. (Abrazando á los dos.) Yo estoy ya de la botica hasta aquí.

(Las señoras forman un grupo á la derecha; los caballeros á la izquierda. En el centro, y acercándose al proscenio, don Bernardino, Teresa y Nicolás.)

BERN. (A Teresa y Nicolás.)
Me ablandó vuestra desgracia
y no os quiero ver llorar.
Conque á Madrid y á estudiar,
que te espera esta farmacia.
(A Nicolas.)
Tú honrado y buena mi chica,
felices sereis los dos...
Pero no tengais, por Dios,
tertulia en la rebotica.



TELÓN

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

ʒASTA DE MATEMÁTICAS! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

L PARIENTE DE TODOS, juguete cómico en un acto y en verso, original.

ESDE EL BALCÓN, juguete cómico en un acto y en verso, original.

A VIUDA DEL ZURRADOR [1], parodia en un acto y en verso.

L AUTOR DEL CRIMEN, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

PROBADOS Y SUSPENSOS, pasillo cómico en un acto y en verso, original. (Sexta edición.)

ORAS DE CONSULTA, sainete en un acto y en verso, original.

OTICIA FRESCA [2], juguete cómico en un acto y en verso (Sexta edición.)

ιAS DEL PAVO [3], apropósito en dos actos y en prosa, original.

ιCIENCIA Y BARAJAR, comedia en un acto y en prosa.

ιLVO Y COMPAÑÍA, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

ÉREZ Y QUIÑONES, comedia en un acto y en prosa, original.

)N LA MÚSICA Á OTRA PARTE, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Tercera edición.)

JRRÓN MINISTERIAL, apropósito en un acto y en prosa, original.

OVIDO DEL CIELO, comedia en dos actos y en verso, original. (Tercera edición.)

RIQUITO [1], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música de maestro Rubio.

I OCASIÓN LA PINTAN CALVA [1], comedia en un acto y en prosa, mitada del francés.

)IOS, MADRID! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos ɜn verso y prosa, original.

O TIROS LARGOS [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un ιcto y en prosa.

E MEDALLÓN DE TOPACIOS [2], drama cómico en un acto y en ·erso, original.

L PRIMERA CURA [1], comedia en tres actos y en verso, original.

L PRIMERA CURA [1], refundida en dos actos.

L CALANDRIA [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, ori- ·inal, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

E HIJO DE LA NIEVE [1], novela cómico-dramática, en tres actos, n prosa y verso, original.

PI ;STÓN Y COMPAÑÍA [4], sainete en un acto y en verso, original.

PA IENTES LEJANOS, comedia en dos actos y en verso, original.

Ca :TA CANTA, juguete cómico en un acto y en verso.

R(O EN DESPOBLADO [1], comedia de gracioso en dos actos, y en ·osa, original. (Tercera edición.)

LA CODORNICES, juguete cómico en un acto y en prosa, original.)uinta edición.)

DE TODO UN POCO [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cua- os, en prosa y verso, original.

JU ƷO DE PRENDAS, juguete cómico en dos actos y en prosa, ıginal. (Segunda edición.)

TI JIS-MIQUIS, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera ición.)

¡UN AÑO MÁS! [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

¡ADIOS, MADRID! refundida en dos actos.

PENSIÓN DE DEMOISELLES [5], humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

SAN SEBASTIÁN, MARTIR, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

PARADA Y FONDA, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Séptima edición.)

BODA Y BAUTIZO [5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

EL VIAJE A SUIZA [5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

PERECITO, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.° [1], comedia en dos actos, original y en prosa

CORO DE SEÑORAS [1], pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

LOS TOCAYOS, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL [1], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LOS LOBOS MARINOS [1], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL SOMBRERO DE COPA, comedia en tres actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL SUEÑO DORADO, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

SU EXCELENCIA, comedia en un acto y en prosa, original.

EL SEÑOR CURA, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

EL REY QUE RABIÓ [1], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

EL OSO MUERTO [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

VILLA-TULA (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *R... von Reiflingen.*

ZARAGÜETA [1], comedia en dos actos y en prosa, original (Quinta edición.)

CHIFLADURAS, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Segunda edición.)

LA REBOTICA, sainete en prosa, original.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

TODO EN BROMA, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Segunda edición aumentada).

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
2 Idem id. José Estremera.
3 Idem id. José Campo-Arana.
4 Idem id. Eusebio Blasco.
5 Idem id. Miguel Echegaray.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9
D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio*
Martín, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcal
de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*
lle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las In
tas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares dir
mente á esta casa editorial, acompañando su importe en s
de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no s
servidos.